



Capítulo 90

En el subsuelo de Rosario —nombre tanto del Reino Sagrado como de su capital— se encontraba un hombre en el centro de una vasta caverna subterránea, una laberíntica red de acueductos que convergían en ese lugar. Su amable sonrisa contrastaba con la penumbra del lugar. El hombre, que llevaba un colgante con el símbolo lunar de Sironia grabado y vestía sobrias túnicas ceremoniales, no era otro que el cardenal principal de Rosario, Anderde.

«Ya has llegado».

Un suave murmullo resonó cuando otro hombre, envuelto de pies a cabeza en una túnica negra, comenzó a salir de las sombras de la caverna.

«Ah, como era de esperar, no pude engañar los ojos del cardenal».

La figura enmascarada, con los ojos arrugados en una expresión traviesa, se acercó a Anderde con un gesto casual.

Golpe seco...

Una caja aterrizó ante Anderde. Aunque no era ni pequeña ni grande, la caja llamó su atención.

«Por favor, inspecciónela», le indicó el hombre enmascarado.

Anderde se arrodilló para examinar la caja, levantó la tapa y, sin poder evitarlo, exclamó: «Oh...».



En su interior había innumerables Núcleos Abisales, cuyo número superaba fácilmente los cincuenta. Momentáneamente atónito, Anderde cerró rápidamente la caja, se levantó e hizo una reverencia respetuosa.

«Gracias, hermano. Gracias a esto, podemos proceder según lo planeado».

«Me alegro de oírlo. Has mencionado el Rito del Nacimiento, ¿verdad?».

«Sí, siempre y cuando el calendario no sufra cambios».

El hombre enmascarado se encogió de hombros ante las palabras de Anderde, girándose como para marcharse, antes de detenerse para preguntar: «¿Te importa si te pregunto algo?».

«Por favor, habla libremente».

Con su serena sonrisa, Anderde lo animó y, tras una breve vacilación, el enmascarado habló.

«Tengo curiosidad por saber por qué el cardenal se involucraría en algo así. Si es demasiado personal, no dude en negarse».

Anderde dudó antes de responder: «Para buscar la salvación».

«¿La salvación, dices?».

El hombre enmascarado repitió sus palabras, lo que llevó a Anderde a dar más detalles.



«Hermano, ¿qué opinas de lo divino?».

«Mmm... Para ser sincero, nunca le he dado muchas vueltas».

«Creo que lo divino es injusto».

La afirmación resultaba chocante, sobre todo viniendo del cardenal principal.

«Permítame hacerle una pregunta».

El hombre enmascarado permaneció en silencio, escuchando atentamente mientras Anderde continuaba.

«Hay quienes rezan a los dioses a diario. Algunos van a los templos a rezar, otros luchan para defender el nombre de los dioses y otros recorren caminos espinosos para cumplir su misión divina».

«Otros abandonan a un anciano enfermo para viajar a la tierra santa o quitan vidas sin quererlo para defender la voluntad divina».

«Algunos, que llevan días sin comer, rezan incluso por un trozo de pan mohoso para calmar el hambre, mientras que otros rezan para curar a los enfermos».

La voz de Anderde continuó, relatando una historia tras otra de diferentes personas, cuyas luchas se sucedían sin cesar hasta que, finalmente, le hizo su última pregunta al hombre enmascarado.



«Todas estas personas creen en Sironia y rezan. ¿Quién crees que recibirá la ayuda divina?».

Mientras el hombre enmascarado reflexionaba sobre la pregunta, Anderde, aún sonriendo serenamente, añadió: «No te preocupes; no hay ninguna respuesta correcta entre las opciones que te he dado».

«... ¿Qué?».

El hombre enmascarado parecía confundido por la repentina declaración de Anderde, pero este siguió hablando.

«Como dije, no hay una respuesta correcta. La Divinidad, o más bien, Sironia, no tiende una mano salvadora a nadie. Simplemente actúa según su propia voluntad».

Una expresión amarga se dibujó en el rostro de Anderde.

«Los dioses son así. La fe, por muy duradera que sea, no tiene ninguna influencia. Aunque alguien crea en Sironia durante décadas, si no le complace, no recibirá ni poder ni bendiciones».

«Pero, por el contrario, si ella favorece a alguien, esa persona puede recibir poder incluso sin creer. Es como si la fe no tuviera sentido para ellos, y el poder divino se otorgara por completo por capricho».

«Los dioses son seres así: indiferentes a las oraciones sinceras, la fe, el sacrificio y el martirio, y ejercen el poder solo para su propio beneficio».



Tras un momento de silencio, Anderde volvió a sonreír, con una expresión a la vez amable y devota.

«Por eso tomé esta decisión».

En un tono profundamente compasivo y solemne, dijo: «Por eso tengo la intención de seguir adelante».

El hombre enmascarado miró hacia la vasta caverna que había detrás de Anderde.

«Un lugar donde nadie es discriminado», dijo.

Aunque estaba oscuro, las antorchas que bordeaban el espacio revelaban el enorme tamaño de la caverna, así como la presencia de innumerables personas detrás del cardenal.

«Donde cualquiera que crea puede compartir el poder por igual».

Hombres y mujeres, ancianos y niños, plebeyos, sacerdotes, inquisidores y monjas se reunieron en reverente oración, mirando hacia el mismo lugar.

«Un santuario exclusivo para creyentes».

Al final del espacio se alzaba una enorme estatua, claramente esculpida por manos humanas, una imponente representación de una forma humana.

«Un dios creado por la humanidad».



El hombre enmascarado miró a Anderde, que seguía luciendo su eterna sonrisa cálida. A la luz de las antorchas, esa sonrisa parecía aún más inquietante, casi como la de un loco.

De repente, el hombre enmascarado sintió un extraño temor. La benévola sonrisa de Anderde, ensombrecida por la luz de las antorchas, se intensificó de forma siniestra, pareciéndose a la de un lunático.

####

Tan pronto como Alon utilizó la magia, se sorprendió por un inesperado destello de luz.

«¿Por qué brilla? La estatua de la diosa Sironia no debería reaccionar a la magia en primer lugar».

Rápidamente dejó de lanzar hechizos. Sin embargo, incluso después de detenerse, la luz de la estatua de Sironia siguió brillando.

Pronto, una voz suave pero sorprendida resonó en el oído de Alon.

[¿Qué es esto?]

La voz era femenina y nerviosa, pero no apareció ninguna forma física, solo la estatua brillaba. Al darse cuenta de que la voz pertenecía a la diosa Sironia, Alon se sintió obligado a mostrar respeto y comenzó a arrodillarse, pero fue interrumpido.

[¡Espera!]



Ante su tono urgente, Alon se quedó paralizado en medio de la reverencia, con una mezcla de confusión en el rostro mientras contemplaba la estatua.

[¿Quién... quién eres?]

«...?»

Al oír el temblor en la voz de la diosa, Alon se dio cuenta de que ella desconfiaba de él. Aunque no entendía por qué, sabía que no debía hacerla esperar una respuesta.

«Soy el conde Palatio del reino de Asteria, gran diosa Sironia».

Recordando una presentación propia del juego, respondió en consecuencia.

[No, eso no es lo que yo... Ja].

La diosa, que parecía frustrada, suspiró de repente antes de quedarse en silencio. Tras un momento, volvió a hablar, más serena, pero con un toque de urgencia.

[Conde Palatio. ¿Cuál es el motivo de su visita?]

Alon percibió la urgencia oculta en su voz y, tras un momento de vacilación, decidió ser directo.

«He venido con la esperanza de conseguir el colgante del Devorador de Ojos».



Esta reliquia, escondida en la cámara del Santo y sin ningún rastro de magia, era lo que Alon había buscado. Ante sus palabras...

iClink~!

El piso de mármol a la derecha de la estatua se abrió ligeramente.

[Extiende la mano].

La voz de Sironia resonó, y cuando Alon extendió la mano...

iPum!

—Un colgante blanco cayó en su palma.

«Esto es...».

[¿Es este el propósito por el que has venido aquí?]

«Sí, lo es... pero, ¿por qué me lo das tan de repente?»

Aunque intuía su intención, Alon preguntó por curiosidad.

Sironia respondió simplemente:

«Tómalo».



«¿Estás seguro de esto?».

[Sí. Ahora, si eso es todo, puede irse].

Con esas palabras, desapareció y la luz blanca se disipó al instante, como si se hubiera producido un corte de electricidad.

Aunque su tono se había calmado hacia el final, su voz había sonado apresurada, casi como si estuviera escapando.

Alon se sintió desconcertado y pensó: «¿Qué está pasando aquí exactamente?».

La situación le recordó su encuentro con Heinkel en la Asociación de Magos, y recordó la críptica mención de Heinkel sobre «detrás». Alon miró por encima del hombro, pero...

No había nada allí.

¿Qué es esto...? se preguntó, sintiendo una extraña sensación de inquietud mientras abandonaba la cámara de la Santa con el colgante del Devorador de Ojos que había buscado originalmente.

Mientras tanto, en Rosario, San Yuman se quedó con los ojos muy abiertos y atónito por lo que acababa de presenciar. Había varias razones para su asombro. En primer lugar, le sorprendió que el conde Palatio pudiera comunicarse con la diosa Sironia. En segundo lugar, le sorprendió que la



estatua de Sironia brillara aún más en presencia del conde que nunca lo había hecho con él.

Pero lo que más le sorprendió, dejándolo con la boca abierta, fue que...

la propia diosa le concedió una reliquia...

Sironia había entregado personalmente un artefacto sagrado al conde Palatio. Tal acto solía reservarse para una ceremonia divina mediante la cual la diosa elegía formalmente a un santo. Aunque la solicitud del conde Palatio había iniciado la interacción, Yuman, que desconocía lo que había sucedido en la cámara del santo, se preguntó: «¿Podría haber manipulado algo el conde Palatio, sabiendo que yo estaba observando?».

Después de todo, la diosa Sironia solía seguir procedimientos estrictos para tales ceremonias sagradas, sin actuar de forma tan precipitada. Una vez que el conde Palatio se marchó, Yuman entró en el Santuario del Espíritu Santo, se arrodilló y comenzó a rezar.

Al cabo de un rato...

iVoom!

La estatua de Sironia comenzó a brillar y su voz resonó.

[¿Qué te preocupa, hija mía?]

Su voz sonaba ligeramente cansada, aunque Yuman, que había visto a la diosa otorgar la reliquia, no notó el sutil cambio. Preparándose para hablar, dijo:



«Gran diosa Sironia, deseo informar de que el conde Palatio ha tomado un objeto de la cámara...».

[Basta].

Sironia interrumpió:

[Eso lo di yo; no le des importancia, hija mía].

«¿De verdad? ¿Es así?».

[Sí. Si has sido testigo de los acontecimientos de hoy, haz como si no hubieras visto nada].

Con eso, Sironia desapareció.

Arrodillado en el Santuario del Espíritu Santo, Yuman se quedó reflexionando, conmocionado: «¿La propia diosa le concedió una reliquia al conde Palatio?».

Tras un largo silencio, solo pudo llegar a la siguiente conclusión:

«Entonces... ¿eso significa que el conde Palatio... es como yo, un santo...?»